



Un héroe moderno

A modern hero

■ María Fasce

■ El heroísmo no existe en las ciudades. Tampoco en el campo. Ése es el problema de las mujeres modernas. Nuestros hombres no van a la guerra, y si lo hicieran sería un acto de estupidez o de inconsciencia. Sin embargo, necesitamos un héroe, como lo han necesitado las mujeres de todas las épocas; aunque ahora no sepamos muy bien qué significa esa palabra.

Felipe sí sabía. Tenía dos héroes: Superman, que podía volar, castigaba a los enemigos de la Tierra y estaba enamorado de Luisa Lane; y Martín —su padre, mi marido—, que hacía desaparecer conejos y pañuelos, cortaba mujeres que volvían a armarse, adivinaba las cartas y estaba enamorado de mí. El héroe de Martín era David Copperfield, experto en trucos de gran envergadura como hacer desaparecer la estatua de la Libertad o conquistar a Claudia Schiffer.

—Otra vez —ordenó Felipe.

—Bueno, otra vez —concedió Martín—: "Es una apacible mañana de otoño en Nueva York. Clark Kent camina rumbo a *The Observer*...".

A mí me pareció que estaba inventando todo. ¿Superman era de Nueva York? Para Felipe su padre era como Clark Kent. Cada sábado se vestía de negro y se ponía una gran capa con el interior rojo y una galera. La gente lo aplaudía y Felipe aplaudía más que todos, hasta que las manos se le ponían rojas. Se paraba sobre la butaca y gritaba: "Bravo, papá".

Ese sábado no iríamos a verlo. Felipe no lo sabía. Martín sí, pero simulaba que mis movimientos por las habitaciones y la cocina eran los mismos de cualquier sábado después del almuerzo. Tampoco este sábado Felipe quería dormir la siesta después de comer, y nosotros lo dejábamos, como todos los padres que han odiado la siesta de chicos. Yo preparaba una pequeña valija para mí y un bolso con los juguetes y la ropa de Felipe. En menos de una hora nos íbamos a Lanús, a la casa de mis padres. También Martín prepararía su bolso, pero más tarde, para ir al show.

Miré el frasco sobre el aparador. Vacío. Se le había ocurrido a Martín y ahora me preguntaba si ese juego no había sido el causante de todo, de que yo estuviera preparando los bolsos para irnos, y Martín se quedara, y no supiéramos qué iba a pasar de ahí en más.

La autora nació en Buenos Aires (Argentina), en 1969. Ha trabajado como editora, traductora y periodista. Su novela más conocida es *La verdad según Virginia* (Planeta, 2004).

En un negocio de decoración habíamos comprado dos veladores, un pimentero que nunca había funcionado y cuatro frascos de vidrio para guardar galletitas, caramelos, té, granos de café. Al llegar coloqué los frascos vacíos en los estantes de la cocina. Martín separó uno.

—Tengo una idea —dijo mientras llevaba el frasco al *living* abrazándolo como si fuera una pecera—. Cada uno va a escribir todos los días algo para el otro y lo va a poner acá —apoyó el frasco sobre el aparador—. Tiene que ser algo que no te animarías a reconocer, no como cuando jugamos a decir lo mejor y lo peor del día. Una especie de confesión, alguna bajeza o algo demasiado tierno, que te avergonzaría decir en voz alta.

»Cada uno va a leer lo que escribió el otro pero no va a hacer ningún comentario —siguió—. Lo que leamos no va a tener incidencia en el presente, como si hubiera ocurrido en otra dimensión, como si nos lo hubiéramos olvidado enseguida por un ataque de amnesia. Será "el juego del frasco" —dijo Martín pomposamente, y estampó una etiqueta invisible sobre el vidrio.

El frasco quedó vacío arriba del aparador, hasta la noche.

¿Qué escribimos esa primera vez? "Quiero que me toques la cara cuando hacemos el amor". "Hoy robé un rouge del *stand* de Lancôme en el *shopping*". Los papeles todavía deben estar en el cajón de mi mesa de luz.

Fue divertido por unas semanas. A la noche, cada uno leía su papel después de comer, y no importaba qué estuviera escrito, casi siempre acabábamos haciendo el amor. Aunque los papeles dijeran: "No me gusta que comas ajos y cebollas". O "Mañana voy a lastimar a Marilú con la sierra cuando la ponga adentro de la caja".

Ese sábado Martín me buscó en la platea durante el acto de la sierra, y finalmente no lastimó a Marilú. Cuando volvimos a casa, antes de escribir los nuevos papeles, nos reímos e hicimos el amor. Después de leerlos también.

Otras veces escribimos: "No me gusta que me hables mientras lo hacemos". "Hoy me sentí muy triste. Me puse a correr por la ciudad sin ir a ninguna parte. Lloré".

Un día había un solo papel. Yo había olvidado dejar el mío, y también buscar el de Martín. Entonces abrió el frasco y rompió su papel.

Fue como cuando los chicos dejan de jugar: de un día para el otro, sin consecuencias visibles, los juguetes quedan en un rincón de la habitación, arrumbados sobre los estantes, hasta que las madres los van reemplazando por libros o ropa. Desde aquel día el frasco había quedado vacío sobre el aparador.

Abrí una caja de saquitos de té de boldo, llené el frasco y lo puse junto a los otros, sobre el estante de la cocina. Martín no me vio.

—Vamos, Felipe, ponete la campera.

—¿Adónde vamos?

—A casa de los abuelos.

—Andá a buscar la campera —dijo Martín.

Felipe volvió con la campera puesta y Martín lo ayudó a subirse el cierre. El laurel se sacudía contra los vidrios de la cocina. El cielo estaba blanco y hacía frío, la calefacción había formado una fina niebla sobre el vidrio.

Martín agarró mi valija y el bolso de Felipe y los guardó en el baúl del auto. Me dio un beso y me raspó la cara con su barba sin afeitar. Felipe se le colgó del cuello, él le dio un beso y lo bajó. Subimos al auto, nos pusimos el cinturón de seguridad y Martín nos despidió desde la puerta con la bata a cuadros (no se había cambiado desde la mañana).

Tampoco mi padre se había cambiado. Tenía su vieja bata azul sobre el pijama y nos abrió la puerta del garaje con el pelo revuelto. Mamá había ido a la peluquería, estaba más rubia, con un traje beige y zapatos de taco alto.

Felipe subió corriendo las escaleras. Papá cerró la puerta del garaje y subió detrás de Felipe. Yo me preguntaba si no era más conveniente no sacar el bolso de Felipe y mi valija. Mi madre no hablaba y me miraba cerrar la puerta del auto y dirigirme hacia el baúl como si ya lo supiera todo.

—¿Felipe se queda a dormir?

—Si podés...

—Tenés mala cara —me dijo, pero no quería decir eso. Quería decir no te pintaste, no te arreglaste el pelo, esa ropa no te queda bien. Quería decir discutiste con Martín. Quería decir yo te dije. Iba a decirlo en cualquier momento. Saqué sólo el bolso de Felipe y cerré el baúl.

Papá y Felipe miraban la tele sin hablarse y comían galletitas.

—Que no coma muchas galletitas porque después no va a comer la comida —me dijo mamá, y no supe si hablaba de su nieto o de su marido.

Fui hasta mi habitación, que conservaba todavía el papel de flores rosadas en las paredes, las cortinas de volados rosa, el acolchado con flores rosa, las dos muñecas sobre el almohadón en forma de corazón. Me dejé caer sobre las muñecas y me quedé un rato mirando el techo: el empapelado había empezado a despegarse en las esquinas. Se oían los ruidos característicos de los dibujitos —zumbidos, golpes, silbidos—, y mamá moviendo vasos y platos, abriendo y cerrando la heladera.

Papá se tiraba a veces a dormir la siesta en mi habitación. Una vez lo había encontrado dormido sobre mi cama, con la cara enfrentada a una de las muñecas.

Fui al baño con la cartera. Me miré de frente y de perfil en los grandes espejos que multiplicaban mi imagen a los lados del lavamanos. Había un reloj despertador. Mamá tenía relojes en todas las habitaciones de la casa. Eran las nueve: Martín estaría saliendo para el teatro. Me pinté los ojos con el delineador que llevaba en la cartera, y los labios con el rouge que mamá había dejado sobre el tocador.

Entré en la cocina con las llaves del auto en la mano, como para no aceptar demasiadas preguntas. Mamá estaba pelando zanahorias y levantó la vista con un gesto irónico que traduje enseguida: "¿Y ahora adónde vas?". Papá y Felipe siguieron mirando la tele.

—Me voy a dar una vuelta. No sé, por ahí salgo con Fernanda, que hoy me llamó a casa. Todavía no vi al bebé —dije, precipitada, le di un beso a Felipe, le corrí el flequillo y bajé las escaleras.

Apoyé la cabeza unos minutos sobre el volante, después puse el auto en marcha y salí.

La revista de Superman estaba abierta sobre el sofá. Martín no había apagado la lámpara. Debió haberse dado cuenta a último momento de que se le hacía tarde. Cuando no se tomaba su tiempo en preparar el bolso las cosas le salían mal. Así decía él, aunque nadie advertía los cambios. A esa hora estaría por el truco de las sogas. Apagué la luz y cerré la revista. Nunca le había preguntado cómo hacía los trucos. Felipe tampoco, pero a él le parecía natural que su padre pudiera hacer esas cosas. Pensaba que, a su debido tiempo, él también podría hacerlas.

¿Por qué había vuelto a casa? ¿Qué estaba buscando? Volví a prender la luz y a abrir la revista sobre el sofá. Me escondí en el armario, como Felipe cuando jugaba con sus primos. Poco después oí el ruido de la llave en la cerradura. Me incorporé y vi pasar a Martín a través de las persianas de la puerta.

El armario era una ubicación de privilegio: todo parecía suceder frente a esas persianas, como si Martín quisiera mostrarme algo. Como el juego de los papelititos en el frasco, pero distinto.

Puso Caetano Veloso. Se sirvió un güisqui y desapareció de escena. Oí correr el agua en la bañera. Martín estaba preparando su baño de inmersión. Al rato volvió con su bata a cuadros y su güisqui, y se sentó en el sofá. Miraba hacia el armario como si pudiera verme, pero yo sabía que no se veía nada porque ya había visto a Felipe esconderse allí: Martín y yo conversábamos con mi cuñada sentados en el sofá, frente a Felipe, y los chicos lo buscaban inútilmente por toda la casa. Nunca lo descubrían.

Sonó el timbre y me sobresalté agitando las perchas sobre mi cabeza. También Martín se sobresaltó. Quedó un momento inmóvil, con las manos en las rodillas, mirando el armario, antes de levantarse. Hubo una pausa larga, después sentí el frío que llegaba desde la puerta de calle, y los autos que pasaban.

—Hola.

Yo conocía esa voz.

—Hola, Guadalupe.

Capullito de alelí sonaba sobre las voces de Martín y Guadalupe.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Puedo entrar?

Guadalupe pasó delante de mí y su perfume me barrió la cara como una bufanda. Se sentó en el sofá. Martín la miraba, de espaldas al armario:

—¿Y Raúl?

Guadalupe frunció el labio inferior. Era un gesto raro en ella, que la volvía más parecida a mí. Guadalupe y yo nos parecíamos, sólo que ella era mucho más linda. Cuando nos decían que nos parecíamos yo sabía que Martín y los otros pensaban: "Sí, como Guadalupe, pero fea".

—No sé. Ni me importa. Ya nos separamos.

Martín apagó la música.

—¿Y Cecilia?

—Bien —dijo Martín. Cerró la Superman y la dejó sobre la mesa ratona, pero no se sentó. Cruzó y descruzó los brazos—: ¿Querés un té?

—Bueno.

Fue hacia la cocina y pude ver bien a Guadalupe, que se acomodaba las medias negras con liga. Jamás pensé que pudiera usar ligas, no era su estilo.

Martín apoyó la bandeja en la mesa, arriba de la revista.

—¿Le ponés azúcar?

Entonces Guadalupe hizo esto: agarró la cara de Martín con las dos manos, la acercó a la altura de sus labios y le dijo: "No quiero nada, te quiero a vos. Quiero estar con vos. Vine para eso".

Martín la alejó con delicadeza. Puso una cucharada de azúcar en cada taza de té, derramando más de lo que ponía, revolvió y le entregó una taza.

—Tomá, Guadalupe, te va a hacer bien.

—Ya sé que no están juntos. Hoy Cecilia no te fue a ver. Se llevó a Felipe, ¿no?

—Es tarde, Raúl te debe estar buscando. Volvé a tu casa.

Guadalupe se tapó la cara con las manos y se puso a llorar ruidosamente. Martín agarró los pañuelos de papel que estaban sobre la mesa (Felipe estaba resfriado y yo me había olvidado allí los Kleenex). Le secó las lágrimas, aunque yo sabía que no había lágrimas. Le pasó una mano por el flequillo, como yo había hecho una hora atrás con Felipe. Ella trató de besarlo, él la ayudó a pararse y cayeron los dos en el sofá. Con el impulso se levantó la pollera cortísima de Guadalupe. Martín le miró las ligas y se puso de pie.

—Bueno, ya está, Guadalupe. Volvete.

—No te gusto.

—Sí, me gustás.

La llevó hasta la puerta con un brazo sobre su hombro, como si consolara a una viuda.

Oí, ya lejos, el falso llanto de Guadalupe, y otra vez el frío entró como un perro en el *living*, hasta que Martín cerró la puerta. El agua seguía corriendo, el baño debía de estar inundado ya si Martín había puesto el tapón en la bañera.

Oí el ruido del secador y del trapo de piso. Abrí con cuidado la puerta del armario, salí y me asomé al corredor. Martín había cerrado la puerta del baño.

Escribí en el anotador de la mesada de la cocina "Vi todo" y arranqué la hoja. Vacié los saquitos de té en un cajón y puse adentro del frasco el papel doblado. Llevé el frasco al *living* y lo dejé sobre la mesa, al lado de la bandeja con las tazas de té frío, para que Martín lo viera, si no, iba a tener que quedarme adentro del armario toda la noche. Tenía que verlo cuanto antes. Tenía que verlo antes de irse a dormir. Me encerré otra vez, esperé y oí el último remolino del agua antes de desaparecer por las cañerías.

Martín volvió y no había ningún cambio en él salvo su pelo mojado y peinado para atrás. Iba a servirse otro güisqui pero vio el frasco. Lo vi abrirlo, desdoblar el papel, leerlo y guardárselo en el bolsillo de la bata.

Buscó el anotador y escribió algo. Arrancó la hoja, la dobló en cuatro y la puso adentro del frasco. Se dio vuelta y vino hasta el armario.

Me tomó suavemente de los puños y me sentó en el sofá. Se arrodilló y me desabrochó la blusa. Pasó el revés de su mano entre mis pechos. "Te salieron escamas", decía siempre que me acariciaba, divertido. No dejaba de tener cierta lógica que un mago se fascinara por esos pequeños fenómenos: el momento en que los ñoquis suben a la superficie del agua de la olla, el efecto de un chorro de agua fría sobre el café caliente antes de colar, mi piel erizada.

Fui hasta el *living*. Mi reloj había quedado sobre la mesa ratona, debajo de mi blusa. No era tan tarde, papá estaría despierto, mirando alguna película por cable.

Felipe lloraba detrás de la voz aguda de mi madre y el ruido del televisor. Primero Felipe —el chico, decía mi madre— había querido ir al teatro; en la tele alguien había dicho que era sábado y él había empezado a gritar. Tardaron en hacerle entender que la función había terminado. Desde entonces no hacía más que pedir a Superman. Ellos no tenían ninguna revista de Superman y el videoclub ya había cerrado. Mamá había llamado a Fernanda. Fernanda no me había visto. ¿Dónde me había metido?

—Ya vamos para allá —dije y colgué.

Volví a la habitación y miré dormir a mi marido. Tenía el pelo apelmazado por el sudor. Hubiera querido que fuera Superman, para que volara hasta Lanús y trajera a Felipe a casa. Hubiera querido, por lo menos, que supiera conducir, para no tener que vestirme y arrancar el auto en medio de la noche. Hubiera querido que no se durmiera después de hacerme el amor. Pero los héroes ya no existen. Le peiné el flequillo y le di un beso en la frente.

Me vestí. Busqué las llaves del auto y el paquete de pañuelos. Abrí el frasco, leí el papel de Martín y lo guardé en el bolsillo de mi blusa. Después salí en busca de nuestro hijo.